

Branko Milanovic

El mundo al revés, de Yang Jisheng

globalinequality, marzo de 2021.

"El mundo al revés": una revisión crítica

Ésta puede ser la reseña de un libro más difícil de escribir. He decidido dividirlo en dos partes. Escribirlo es difícil porque hay que tener una gran admiración por Yang Jisheng, un ex periodista, ahora historiador, que ha acumulado una cantidad increíble de información sobre las maniobras políticas, las relaciones personales, los eventos y, lo más importante, las víctimas de la Revolución Cultural. y presentó todo esto en su nuevo libro "[The World Turned Upside Down: A History of the Cultural Revolution](#)" (publicado en inglés hace solo dos meses). Yang me recuerda a esos pocos autores valientes, indignados por las desigualdades del comunismo que, comenzando con Djilas, luego los hermanos Medvedev e incluso el propio Solzhenitsyn, o Volkogonov en sus biografías de Lenin y Stalin, han escrito valiosos testimonios sobre el sistema.

Pero, lamentablemente, la mayoría de ellos ignoraban casi por completo las ciencias políticas, la economía y la historiografía. Yang es quizás un ejemplo extremo: por un lado, la evidencia extraordinaria que ha recopilado (creo que el libro debe contener varios miles de nombres de personas involucradas) y, por otro lado, la ausencia igualmente extraordinaria de cualquier pensamiento sobre esa evidencia. El libro es, pues, una sucesión de acontecimientos, muchos de ellos trágicos, conferencias y mítines, cotilleos e insinuaciones, intrigas y traiciones. Yang es el tipo de escritor al que Cicerón hace dos mil años llamó con desdén "narratores rerum".

Entonces, en mi primera revisión me enfocaré en estos defectos y problemas.

La explicación de Yang para muchos eventos durante la Revolución Cultural, incluidos los votos rituales de lealtad a Mao, es "totalitarismo". Se repite varias veces. Es una palabra genial para decir, pero la Revolución Cultural fue todo menos totalitarismo. Pudo haber sido iniciado por Mao (aunque explicaré más adelante que Yang nunca nos dice por qué), pero mientras el totalitarismo es ausencia de agencia por parte de los individuos, la Revolución Cultural fue lo opuesto: millones de personas *tenían* agencia. Tenían demasiado. La Revolución Cultural no fue totalitarismo, sino todo lo contrario: el mundo hobbesiano donde todos lucharon todos los demás. La revelación más trágica sobre la Revolución Cultural (una observación que Yang no hace) es que nos muestra lo que hace la retirada del estado y el gobierno: revela la naturaleza humana en su peor momento. Sin el monopolio estatal de la violencia, simplemente saldríamos luchando entre nosotros. Para siempre. Imagínese Estados Unidos, cuando de repente el presidente, el Congreso, todos los políticos, jueces y policías simplemente deciden irse a casa y no volver nunca a sus trabajos. Dentro de una semana, el país estaría en una "Revolución Cultural". (En realidad, con Katrina, Nueva Orleans tardó menos de

una semana en descender a la "Revolución Cultural".) China durante la Revolución Cultural no era el estalinismo redux, sino la Libia de hoy.

Bajo los regímenes totalitarios, toda acción individual y espontánea está proscrita. Escribir por tu cuenta una carta de apoyo a Stalin era tan probable que te llevara a la cárcel como escribir una carta criticando a Stalin. No fue así bajo el caos de las Revoluciones Culturales: todos escribieron carteles de grandes personajes, organizaron manifestaciones, atacaron a los "traidores", se autodenominaron seguidores de la "línea de Mao Zedong". Es solo que nadie sabía cuál era esa línea hoy o en qué podría convertirse mañana. Tampoco Mao.

Pero si no fue el totalitarismo, ¿fue la autocracia? Eso también es difícil de justificar en términos estándar. Mao no gobernó como un autócrata; gobernaba como un dios; lo que significaba que aparecía solo de vez en cuando, cuando era necesario. Yang muestra que Mao, desinteresado en la gestión del país y la economía, e incluso en los asuntos exteriores, simplemente delegó todo el funcionamiento diario del país a varias personas, principalmente a Zhou Enlai. Pero incluso decir "delegado" es una exageración. Mao simplemente ignoró el funcionamiento del país, y quienquiera que logró llegar a él, lo hizo. Si, en esta gestión, "el delegado" hiciera algo que eventualmente disgustara a Mao, podría terminar destituido, expulsado de la fiesta, con un sombrero de burro, siendo conducida al suicidio o empujada por la multitud desde un edificio alto. Pero el estilo de gobierno de Mao no era el estilo de un autócrata habitual. Mao no era ni un Stalin que trabajaba 12 horas al día y autorizaba personalmente (u ordenaba) ejecuciones durante el Gran Terror, ni un Hitler con su obsesivo control de cada detalle. La gente fue perseguida o asesinada sin que Mao tuviera la menor idea de lo que les estaba pasando. En los asuntos diarios del gobierno, la participación de Mao fue significativamente menor que, por ejemplo, la participación de Joe Biden, Angela Merkel, y mucho menos la de un autócrata como Vladimir Putin. Desaparecía durante semanas, a veces durante meses; llegaría a Beijing sin que sus "colaboradores más cercanos" se dieran cuenta. Ni siquiera parece que sepamos cómo pasaba Mao sus días: ¿escribía poesía, editaba los comunicados del Comité Central, dormía, comía mucho, compartía la cama con sus amantes? son comúnmente dirigidos por autócratas.

Quizás el paralelo más cercano que tenemos es el poder de un profeta (¿el poder carismático de Weber?). El profeta no necesita presentarse a diario; tal vez sea incluso mejor para él de lo que no lo hace. Pero los profetas normalmente no son prototipos de líderes autocráticos.

Entonces, ¿por qué inició la Revolución Cultural? Yang no nos lo dice. Hay algunos indicios muy vagos de que fue una venganza por la muerte de Mao. pérdida relativa de poder después del fallido Gran Salto Adelante. ¿Fue un momento de venganza para Peng Zhen y Liu Shaoqi? Pero para deshacerse de los dos, Mao no necesitaba poner patas arriba a 800 millones de personas, ni que el Colectivo No. 6 luchara contra el Colectivo No. 5 con palos y piedras (y en ocasiones con armas de fuego) en X'ian o Shanghai. Otra posibilidad

es su temor de ser reemplazado por un golpe dentro del Partido como le sucedió a Khrushchev en 1964. Es posible, pero nunca se nos proporciona ninguna evidencia ni una narración de por qué la Revolución Cultural podría haber sido una solución a ese temor. También es posible, menciona Yang de pasada, que fuera puro idealismo: "revolución permanente" y el deseo de recrear la Comuna de París.

Dado que esta es una revisión crítica, permítanme terminar con el mismo espíritu. El libro adolece de muchos problemas de edición. Hay, por ejemplo, una cita directa de Mao que es, a mitad de camino, repentinamente interrumpida por la presentación de la tercera persona, "observó Mao". Hay errores tipográficos. Hay declaraciones en la introducción que el texto contradice claramente. La calidad de las publicaciones estadounidenses se ha deteriorado constantemente, probablemente debido a la presión del tiempo y la ganancia de dinero. Este fue un libro muy difícil de traducir y editar (los traductores tuvieron que convencer al autor de que eliminara cuatro capítulos de un libro que ya era muy extenso). Solo puedo esperar que la traducción haya sido mejor que la edición.

Licencia para matar: "El mundo al revés", una reseña elogiosa

"El mundo al revés" de Yang Jisheng (cuyo enfoque metodológico reseñé [aquí](#)) es un libro extraordinariamente rico. El período de diez años que cubre, de 1966 a 1976, fue un período asombrosamente turbulento en la historia de China, con implicaciones que no se trasladan solo para China hasta el presente, sino que tienen resonancia (y precedentes) en el resto de la historia. mundo.

Cuando se trata solo de la narrativa, el libro de Yang es fascinante. Es imposible describir en una breve reseña el caos provocado por la Revolución Cultural que Yang estudia no solo cronológicamente, sino en varias partes de China. Una parte del desafío de describir lo que estaba sucediendo radica en la naturaleza descentralizada de la anarquía y la violencia que envolvió a todo el país. El lector suele pensar en analogías con el Gran Terror de Stalin, pero las diferencias quizás sean aún más reveladoras. Si bien el Gran Terror fue un terror centralizado de ciertos grupos e individuos, a menudo seleccionados específicamente por Stalin, la Revolución Cultural fue un permiso descentralizado para ajustar cuentas otorgado a todos. Así, la naturaleza del conflicto varió de una localidad a otra, de una ciudad a otra.

Los comienzos en el verano de 1966 se limitaron a estudiantes de secundaria y universitarios y se basaron casi en su totalidad en Beijing. Fue un permiso, incluso un estímulo, otorgado a los estudiantes de secundaria para que se apoderaran de las escuelas y universidades, reprimieran y humillaran a los maestros y hicieran lo que quisieran. Si uno hiciera lo mismo en cualquier parte del mundo, los resultados habrían sido los mismos: los niños disfrutarían de "poner el mundo patas arriba", como hicieron el joven Nerón y Cómodo. En esa etapa inicial, los ataques estaban principalmente dirigidos contra "[las cinco clases negras](#)". Los descendientes de altos funcionarios del gobierno y del partido

(todos estudiando en varias universidades de Beijing) a menudo iban a la cabeza, utilizando una extraña teoría del "linaje de sangre" que, argumentaban, les daba el derecho a gobernar en virtud de ser de la clase correcta (y fondo genético).

La escalada no solo fue geográfica, ya que el movimiento estudiantil se amplió para abarcar toda China, sino también "sectorial". Mao primero autorizó que el movimiento se extendiera entre los trabajadores, y alentó la alianza de estudiantes y trabajadores revolucionarios (algo que, por cierto, eludió la "revolución" en Francia solo un año después), y finalmente -a pesar de la fuerte oposición de los militares — permitió que el movimiento de “apoyo a la izquierda” también sembrara el caos en el Ejército. Se pidió a los militares que suministraran armas a las facciones de izquierda, o que ignoraran que esas facciones robaban o simplemente se llevaban las armas.

Así, el país, en unos doce meses, descendiendo a un caos total creó un número desconcertante de facciones con nombres casi idénticos (por ejemplo, "La Alianza Roja" contra "La Alianza Revolucionaria" en Daoxian, p. 351), todos luchando entre sí con el fin de promover Pensó Mao Zedong. “Miles de conflictos armados a gran escala en todo el país resultaron en la muerte de más de cien mil personas” (p. 228). A riesgo de simplificación, se podría decir que las facciones se pueden dividir en dos grupos, y Yang usa las dos agrupaciones consistentemente a lo largo del libro: facciones rebeldes y conservadoras.

La facción rebelde fue fundada originalmente por los hijos de la nomenklatura, pero luego gradualmente fue asumida por descontentos, trabajadores mal pagados y aquellos con agravios, o simplemente un gusto por la violencia, es decir, aquellos que más tenían que ganar con la anarquía como, así como por quienes creían ideológicamente en “la revolución continua”. Como explica Yang,

“Una rebelión genuina requiere correr riesgos políticos, pero los viejos Guardias Rojos [la facción rebelde original] con su respaldo privilegiado, tenían poco que temer de atacar a los maestros... Cuando la situación de la Revolución Cultural cambió y los padres de los Guardias Rojos fueron atacados como defensores del camino capitalista, los viejos Guardias Rojos protegieron abiertamente a los cuadros y atacaron a las facciones rebeldes, y de esa manera se convirtieron en una facción conservadora tanto de nombre como de práctica, aunque pudieran desautorizar la etiqueta” (p. 151).

¿Era la facción rebelde la facción del pueblo? Las negociaciones en Shanghai entre la facción rebelde de los trabajadores y el gobierno de la ciudad se parecen inquietantemente a las de Solidaridad y el gobierno polaco, unos 13 años después. Entonces, ¿trabajadores en Shanghai y trabajadores en Gdansk unidos? La diferencia fue que en Shanghai los trabajadores contaban con el apoyo de la cúpula, es decir, de Mao, quien en 1967 “permitió al pueblo chino disfrutar de la libertad de

asociación consagrada en la constitución, [y] proliferaron las organizaciones de masas” (p. 149). Entonces, ¿revolución de la libertad o "revolución por falta de libertad"? Además, “Los Dieciséis Artículos [las reglas del PCCh sobre el manejo de la Revolución Cultural] impidieron que los comités del partido atacaran a las masas rebeldes, al tiempo que les daban a las masas la libertad y la confianza para rebelarse, y cuanto más alto era el rango del líder denunciado,

Contra las facciones rebeldes se alinearon las facciones conservadoras, apoyadas por la mayoría de los militares de alto rango (viejos mariscales a quienes Mao alternativamente engatusó y reprendió), el aparato gubernamental, los trabajadores de la salud y la educación, los gerentes de fábrica y todos aquellos que querían imponer algún tipo de política. orden sobre una sociedad que cada día parecía más hobbesiana.

El objetivo no declarado, pero claro, de Yang en el libro es revertir la narrativa oficial actual. La visión oficialmente sancionada de la Revolución Cultural es que la mayoría de los crímenes fueron cometidos por la “facción rebelde” y que finalmente el país se salvó gracias a quienes lograron asegurar el regreso a la vida normal. Pero, escribe Yang, “la opinión pública dominante ha culpado de todos los males de la Revolución Cultural a la facción rebelde, pero la gran mayoría de las víctimas murieron mientras la facción rebelde fue reprimida bajo el nuevo orden de control burocrático militar y administrativo” (p. 230). En esa revisión de la historia oficial ni Liu Shaoqi, quien inicialmente, ya sea por razones oportunistas o genuinas, apoyó la Revolución Cultural, ni (especialmente) Zhou Enlai se libran en ocasiones de comentarios mordaces.

El “nuevo orden”, que básicamente significa un punto de inflexión importante en la Revolución Cultural, ocurrió cuando el propio Mao presenció personalmente el caos de las batallas armadas campales en Wuhan en agosto de 1967 y tuvo que huir de la ciudad. A esto le siguieron las investigaciones y la represión de la facción rebelde, vinculada al incidente del 16 de mayo [1967] cuando la facción rebelde acusó directamente a Zhou Enlai.

Los tres capítulos centrales del libro (capítulos 16-18) describen en sangriento detalle la enormidad de las masacres. “La limpieza de filas del partido” hace un repaso de las campañas locales contra varios enemigos de clase (que en muchos casos fueron las mismas personas que anteriormente realizaron campañas de limpieza de los enemigos); el siguiente capítulo describe los casos de víctimas famosas, en su mayoría científicos y antiguos miembros del partido (de una manera que recuerda mucho a ["Let History Judge"](#) de [Roy Medvedev](#)) y el capítulo más desgarrador describe las espantosas masacres llevadas a cabo a nivel local por cualquier facción que logró hacerlo contra los vecinos. La aleatoriedad y brutalidad de los asesinatos (incluidos los asesinatos rituales y el canibalismo) es a la vez impactante y no del todo inesperado para quienes saben, por la historia, que los humanos liberados de cualquier restricción y con licencia para matar, a menudo lo harán. No estamos allí en presencia de un asesinato selectivo sistemático, como

lo llevaron a cabo los nazis y el Gran Terror de Stalin, sino de masacres descentralizadas comunes a las guerras civiles.

Es un libro que debe leer cualquier persona interesada en la historia china o comunista. Pero es un libro cuyos mensajes principales tratan sobre el papel del gobierno, la libertad de restricciones y la naturaleza humana.